

Un maravilloso futuro para Jerusalén, y por Jerusalén para todo el mundo, es el coronamiento de rigor de todos los sueños proféticos de aquel tiempo. Israel ha sido una esposa justamente abandonada por un marido celoso; perdió a sus hijos, pero se realizó la reconciliación gracias a la bondad del esposo; y se le da una nueva familia, tan numerosa que la casa antigua es pequeña para ella. La Jerusalén futura será una ciudad llena de alegría, de santos y profetas, enseñados directamente por Jehová. Nada recuerda la guerra y el aparato de la fuerza. Jehová será el único fabricante de armas, y no habrá guerra sin su permiso. De tal modo será dueño del mundo el pacífico Israel.

A nuestro gran utopista no le importa demasiado la Thora, de la que habla sólo de una manera general. La ley israelita, desde que no hay sacrificios, se reduce a hacer el bien, a observar el sábado, y a no comer cerdo ni alimentos impuros. De manera que la entrada en la familia israelita es fácil, mucho más fácil que en el *Deuteronomio*. El no judío, una vez admitido en Israel, está totalmente naturalizado. El eunuco, excluido por el *Deuteronomio*, tendrá lugar en la comunidad. Después de muerto, ya que no tiene hijo, un cipo hará sobrevivir su nombre. Se permitirá a los babilonios que lo deseen unirse a los emigrantes. Los extranjeros podrán ofrecer sacrificios a Jehová siempre que cumplan el sábado y sean fieles al pacto. Es notable que entre las condiciones para ser admitido no se nombra nunca la circuncisión.

El ayuno recordando la ruina del templo ya estaba establecido, pero el profeta no quiere que se le dé mucha importancia.

Lo que más consuela al hombre, ante los males incurables de la sociedad, es imaginarse una ciudad ideal, cuyas miserias suprime, y a la cual da todas las perfecciones. Jerusalén resucitada inspira al vidente de Babilonia una descripción maravillosa, que, reproducida más tarde por el vidente de Patmos e idealizada por el cristianismo, fue el sueño de oro de la pobre humanidad en todas sus pruebas, mucho peores que las de Israel.

Ese pueblo de justos será maravillosamente fecundo. El más pequeño de sus granos dará mil. El futuro Israel es un pueblo de recién nacidos que Jehová llevará en brazos y acariciará en sus rodillas. Al contrario, los perversos, los que se hayan opuesto a la obra de Israel serán exterminados. Sus cuerpos yacerán fuera de la ciudad, en el pueblo de Hinnom, difamado por las quemaduras de niños y las ejecuciones de criminales. Allí se verán los cadáveres de los rebeldes e incrédulos, que nunca llegarán a consumirse. Los paganos conversos que vayan a Jerusalén saldrán de la ciudad para verlos y se horrorizarán. El nuevo sistema que será para la humanidad la consecuencia de reinar Dios en una Sion renovada, representará la perfección. Israel comprenderá que es la causa de la felicidad del mundo. Expresará el mal, y con el mal desaparecerá el sufrimiento. La felicidad será completa, y todos disfrutarán longevidad.

Todos los sueños humanitarios son contradictorios, ya que la imaginación gira en un círculo estrecho y los dibujos que traza son como los losanges raros de los mosaicos orientales. La revolución francesa defendió

la libertad y la fraternidad, y llevaba en su interior al Imperio. El gran germanismo idealista de Herder y Goethe se ha convertido en un realismo de hierro que no conoce más que la acción y la fuerza. ¡Qué decir del socialismo moderno y de los cambios de frente que haría si llegase al poder...! El gran anónimo de la época del cautiverio es seguramente uno de los héroes de la historia humana. Está ebrio de justicia. Su retrato del servidor de Jehová nos enseña la abnegación llevada hasta el martirio, y por otra parte, la mayor dicha que concibe es una vida regalona y en la longevidad. Su ciudad de oro y piedras preciosas reina sobre toda la tierra y la explota en provecho suyo. El ario, que empieza admitiendo que los reyes no son justos, no desea tanto los éxitos mundanales ni toma el goce tan por lo serio. Preocupado con su quimera de ultratumba (quimera que es lo único que impulsa a las cosas grandes), el ario construye su casa para la eternidad. El semita sólo quiere que dure lo que él. Una casa que desafíe a los siglos, como las construcciones feudales, le parece un agravio a Dios. Su sed de justicia indica egoísmo. No quiere esperar: para él, una gloria o un bien que no se ven, no existen. El semita cree demasiado en Dios; el ario cree demasiado en el hombre eterno. Ambos conceptos han sido necesarios para fundar la civilización. El semita nos ha dado a Dios: el ario nos da la inmortalidad del individuo. Hasta ahora no se ha podido prescindir de estos dos postulados.

El ideal de los hebreos de dicha material sin nobleza militar, y de vanagloria burguesa no fundada en el heroísmo de las masas, les parece a nuestras razas sentimental y romántico, criado como San Bernardo, con las confidencias de los bosques y los peñascos. Hagamos lo que hagamos somos los partidarios de una loca caballería andante, que persigue sueños y en el fondo se basa en la creencia de la inmortalidad. Pero el genio de las grandes razas reaparece en ciertos momentos. Dejad actuar a ese supuesto materialista, a ese hebreo, egoísta aparente. Su vida será un continuo acto de abnegación. Tiene un don que sólo a él le pertenece: la esperanza. El ario es resignado, espera poco. El servidor de Jehová practica la bella divisa italiana *Ma spero*. Nada le desanima. Ved a ese pensador de hace dos mil quinientos años, bastante culto para escribir en un idioma ya hecho, bastante razonable para prescindir de las aberraciones del politeísmo, de la adivinación, del culto a los muertos, de la vida de ultratumba, y bastante cerrado a toda realidad para creer que la justicia puede gobernar el mundo, y que se va a realizar el ideal de un Estado perfecto. En esto el segundo Isaías es muy parecido a nuestros socialistas, para los cuales no existe la desilusión. Después de cada experiencia fracasada empiezan de nuevo. No han encontrado la solución, pero no importa: ellos la encontrarán. Jamás piensan que esta solución puede muy bien no existir, y en esto reside su fuerza. Haber visto que las cosas humanas son poco más o menos sin seriedad y sin precisión es un gran resultado en filosofía, pero representa una abdicación de todo papel activo. El porvenir es para los que no desconfían ni se cansan.

Por todo ello Isaías fue el fundador del cristianismo más que ningún otro de los héroes religiosos del antiguo Israel. Tuvo la suerte de hallar un continuador anónimo digno de él, que en cierto modo lo puso en la corriente del tiempo y le hizo decir lo que habría dicho cincuenta años des-

pués de su muerte. Las aspiraciones de aquellas dos almas grandes, tan fuertemente unidas, serán realzadas por los sibilistas de Alejandría, por Jesús, por los evangelistas, por el autor del Apocalipsis de Patmos, por Joaquín de Flore y los sectarios del Evangelio eterno. Fueron el humo del incienso que embriagó a la humanidad durante siglos. Estos poderosos narcóticos que consuelan al hombre, con paraísos imaginarios, de las tristezas de la realidad, únicamente dejarán de ser necesarios cuando la humanidad llegue a la situación de bienestar material que hace vano ese sueño. Y si la humanidad alcanzase tal estado de beatitud, se corrompería tan pronto, se producirían tales abusos, que para salir del estancamiento pútrido necesitaría de nuevos héroes, víctimas, expiadores y servidores de Jehová. Es el círculo eterno de toda vida. Esperemos que el resultado definitivo se salde en forma de algún progreso. En el orden de la ciencia, es seguro. En el orden de la moralidad humana, es más dudoso.